

¿Por qué hacerle una guerra sin antecedentes, y que evidentemente no debe recibir nuevas aplicaciones, puesto que ni la Francia, ni tampoco la Inglaterra, declararían por semejante motivo la guerra á la España su deudora común? ¿Por qué cuando la reacción en México no tiene ya ejército, ni una sola ciudad en su poder; se querría derrocar un gobierno que hace los mas laudables esfuerzos por esterminar los restos de una faccion tan perniciosa á los nacionales como á los residentes extranjeros? ¿Por qué no se conceden á este gobierno esperas para el pago de su deuda? ¿Se ha pensado alguna vez en intervenir á España durante sus siete años de guerra civil?

Y luego, ¿qué ventajas podrán sacar los residentes extranjeros, de la intervencion extranjera y de todos los trastornos interiores que debe acarrear? Aunque se dice que poco importa que se nos haga mal, creemos que debe importar un poco que los extranjeros se encuentren incluidos en este mal.

¿Cómo pueden alimentar la esperanza los escritores conjurados contra México, de que se puede establecer en este pais un partido del justo medio, que en tésis absoluta no existe, y que no es mas viable que esta invencion funesta de un protectorado extranjero? Se enviarían ejércitos, que serian dueños de la parte de suelo que pisaran! Pero aun admitiendo, lo que es imposible, que llegasen á subyugar el pais, se daría una vez mas al mundo el ejemplo de otra colonia en el continente americano.

No, no son ejércitos ni flotas lo que debe enviar la Europa á México, sino una comision de hombres competentes é imparciales, que podrian informarse de si en la capital existen aún los 20.000 léperos que dejó el gobierno español, y que los viajeros que han visto la República, hace treinta años, creen que existen todavía. Se necesitaria una comision que se informase de si en aquel pais se muere alguno de hambre, y de si lo contrario, debe atribuirse, no á la abundancia que falta á la mayoría de la poblacion, sino á un espíritu de beneficencia y de caridad, innatas en aquellos pueblos, que, con mucha ligereza si no de mala fé, tratan de salvajes ciertos órganos de la prensa europea. Pero la estadística reduce á la nada esta acusacion, que seria ridícula, si no fuese injusta. ¿Cómo es, en efecto, que en aquel pueblo semibárbaro, (así se le califica al ménos) la estadística ofrezca (aun teniendo en cuenta la diferencia de las poblaciones) muchos ménos crímenes que en Europa. ¿Y cómo puede juzgarse compatible el número de colegios y de escuelas gratuitas, que es mas considerable en México que en algunos paises civilizados del antiguo mundo, con la barbarie? Esta comision podria informarse con diligente solicitud, de si las masas de las

poblacion, las leyes y los gobernantes, tratan de *judíos* á los extranjeros; ó bien si esta preocupacion ecsiste solo en las filas de los reaccionarios; si el gobierno actual ó el de la vencida reacción es el que se ensució las manos en los asesinatos de Cocula y de Tacubaya; de quién de los dos, Miramon ó Gonzales Ortega, perdonó mil veces á los prisioneros de guerra, socorriéndolos con su propio dinero; de si es Juarez, ó Miramon ántes de su venida á Francia, ó en la actualidad Márquez, el que ha impedido que las masas desesperadas por el asesinato bárbaro de Ocampo, cometan la menor violencia contra los presos políticos; esta comision, en fin, prestaria un señalado servicio con indicar á la Europa, despues de un maduro ecsámen, cuál de los dos partidos, liberal ó reaccionario, es verdaderamente el amigo ó enemigo de la poblacion extranjera.

Hace cinco años el congreso de Paris adoptó para los casos de guerra un principio que parecia una conquista de la humanidad. Queremos hablar del voto espresado en el sentido de que para las graves diferencias que se suscitaren entre dos Estados, no se recortiese inmediatamente á las armas ántes de impedir esta necesidad con la mediacion de una potencia neutral. ¿De qué modo puede afectar el honor de las naciones interesadas la ruptura con México, anunciada segun se ha visto á causa de arreglos, puesto que México no desconoce sus obligaciones, sino que solo suspende el pago de su deuda, obligado por la necesidad? ¿Por qué no se recurriria al arbitraje que acabamos de anunciar? ¿Seria acaso porque México es débil? ¿Pero entónces á qué potencia aprovecharian las disposiciones humanitarias del congreso de la paz?

XXVII.

En cuanto á la España, no podemos mas que repetirle lo que decia el mas ilustre de nuestros jefes en la guerra de la independencia. Hé aquí las palabras de Morelos: „Queremos que la España sea una hermana y no una dominadora de México.”

La dominacion de la España no es ya mas que un recuerdo en el que ya no piensa la nacion española. Que su gobierno no se engañe: si hay un sentimiento que no encuentre contradictores en México, es el odio á la servidumbre que tanto tiempo pesó sobre él, y á este sentimiento se une la opinion de que tenemos, para defendernos, mil veces mas recursos, que los de que disponian nuestros padres al principio de este siglo. Si como todo parece hacérselo presentir, el gabinete de Madrid se ha decidido á resucitar aquella difunta en el Nuevo-Mundo, aprovechándose de la ruptura de las reclamaciones diplomáticas con la Francia y la Inglaterra, y de la guerra civil de los E. U., y ve en la fácil ocupacion de Santo Domingo, un presagio favorable á empresas mas

considerables; podemos afirmarle, que aún cuando sus motivos fuesen mas serios y ménos imaginarios, no lograria sino ver repetirse en una escala mas vasta el chasco de 1829. En efecto, en aquella época sus diarios publicaban tambien, que nuestro estado de anarquía, la opresion que pesaba sobre las gentes honradas, los votos de éstas, y todo en fin, se reunia convidándola á restablecer su poder. Llegó Barradas, y ¿quién lo ignora? solo á capitular.

Tambien se decia entónces, y todos los diarios europeos lo repetian, que México estaba entregado á la mas espantosa anarquía, y que un partido respetable deseaba ardientemente el triunfo de los españoles; y sin embargo, una mínima parte de las tropas mexicanas que se enviaron contra la expedicion invasora, bastó para echar por tierra la audacia de la España y todos sus proyectos. Todavía nos hace creer que el gobierno español se alimenta ahora con las mismas quimeras; pero tenemos la firme esperanza de que si renueva su loca tentativa de 1829, sufrirá los mismos desengaños. México no tiene mas que recordarse, y se los recordará los años de 1810, 1821 y 1829; y los mexicanos de nuestros dias, no serán indignos de sus padres: no cejarán ante la ley de los que humillaron en estas tres épocas gloriosas. Si los españoles emprenden la conquista, será solos y esponiéndose á sus riesgos y peligros. ¿Qué podrian en efecto, tener de comun la Francia y la Inglaterra en el proyecto manifiesto de la España, de repetir en México la tragi-comedia de Santo Domingo, en beneficio de un gobierno reaccionario que quiere restaurar en él?

El simple rumor de guerra de la España contra México, es para todas las repúblicas hispano-americanas, una amenaza á su independencia, un llamamiento á la union, y un grito de alerta! ¡Dios quiera que lo escuchen, para imponer silencio á sus discordias interiores, y estrechar los débiles y descuidados lazos que las unen!

No suponemos que la España, si emprende semejante guerra, pueda continuarla, y mucho ménos llevarla á un buen resultado. A pesar de todo, preciso es presumir que en los altos consejos de las dos primeras potencias de la Europa, á donde no llegan los clamores de las pasiones irritadas, se verá que la guerra de conquista y de protectorado español, no es ni justa, ni útil, ni propicia á la satisfacción de ninguno de los intereses legítimos, cuya responsabilidad está muy lejos México de desechar. Pero lo que tienen derecho de esperar de esas potencias, hácia las que está dispuesto á cumplir con todas las prescripciones de la mas exacta justicia, es, que no abandonen respecto de él, los gloriosos principios que han desarrollado en su propio seno y que protejen hasta donde les es posible en las otras naciones del globo!